

LA REDACCIÓN DE GODOFREDO

Godofredo es alto y pelirrojo, acaba de cumplir trece años, estudia en el colegio de los Escolapios de Soria y es un alumno muy aplicado. Acaba de despertar de su pesadilla habitual, la de los últimos tiempos, ese delirio onírico, recurrente y extraño, en el que su padre mengua tanto de tamaño que él debe alzarlo del suelo con los dedos de una mano para que nadie lo pise. Esta vez lo ha sentado en la repisa de la pared de su cuarto, con los piecillos colgando y la espalda apoyada sobre el lomo de unos libros, justo antes de que sonase el despertador, pero normalmente se lo mete en el bolsillo, o lo deja en un cajón, o incluso lo guarda en la mochila del colegio. Ahora se muere de sueño, porque son las seis de la mañana y él odia madrugar, pero la festividad de San José Obrero está al caer y en el colegio le han pedido que haga una redacción sobre su padre, precisamente, un texto que le está costando la misma vida redactar. Y el tiempo se agota. Durante dos tardes lo ha intentado, dos jornadas eternas e infructuosas, pero no ha sido capaz de pergeñar nada digno, y eso que le gusta escribir. “Basta con que miréis dentro de vuestro corazón”, les dijo el profesor de Lengua cuando ordenó la tarea, como si eso fuera a hacerla más fácil, cuando ha sido justo al revés. “Se ve que no conoce a mi padre”, se lamenta Godofredo, lavándose la cara con agua fría. Además, hay algo en la forma de ser de aquel, una hermética cualidad, un exótico secreto, que él no puede contarle al mundo, y esa china en el zapato de la paternidad, que no se aprecia a simple vista, le anda fastidiando la caminata de la redacción. Hasta tal punto, que la dichosa loa admirativa que todos esperan que haga -o peor aún, loa emotiva- se le resiste.

Ofuscado por la parálisis, la tarde anterior Godofredo ha vivido un infierno, reprochándose a sí mismo, para colmo, su alarmante falta de sensibilidad, su emotividad encorsetada, como de atrezo. Siete veces ha escrito la maldita redacción y siete veces ha terminado ésta en la papelera. Y es que el profesor de Lengua y Literatura no se parece a los otros, que parece que van al colegio sin ganas. El profesor de Lengua es un apasionado de su asignatura, y además -haciendo gala de que las *humanidades* son lo suyo- siempre les está dando charlas profundas sobre lo que denomina “rectos sentimientos”. En consecuencia, sospecha Godofredo que si se presentase en el colegio con un

LA REDACCIÓN DE GODOFREDO

texto tan neutro, tan soso y tan insípido como cualquiera de los que ya ha tirado a la basura, el hombre le suspendería ipso facto la asignatura. “Godofredo, hijo, ¿tú es que no quieres a tu padre, o qué?, sería capaz de preguntarle, delante de todo el mundo. Obviamente, él no tendría por qué contestar a esa pregunta, no tendría por qué ir dando explicaciones sobre la naturaleza de sus afectos, por muy Día del Padre que fuese, pero al profesor del Lengua eso le daría lo mismo. Le colocaría el preceptivo suspenso, se quedaría tan pancho, y luego su madre se echaría a llorar.

Y Godofredo no quiere que ocurra tal cosa. Por eso se ha puesto el despertador a las seis, y bostezando sin parar, se ha sentado en su escritorio, pero ya son las seis y cuarto, comienza a amanecer, y salvo la fecha -18 de marzo de 1.961- y el título que se ha inventado, -honrarás a tu padre y a tu madre- todavía no ha escrito nada. A las seis y veinte -el folio sigue immaculado - Godofredo se levanta a por un vaso de leche y camino de la cocina pasa por delante del dormitorio de sus padres, que aún duermen, espalda con espalda en la misma cama. En las mesillas se aprecian los restos de la enésima bronca nocturna: prospectos de medicamentos para la ansiedad, la jaqueca y el insomnio; un vaso de agua medio vacío, tres o cuatro *kleneex* arrugados y dos ceniceros atiborrados de colillas. En el suelo del pasillo hay un zapato de su madre, el mismo que la noche anterior casi se estrella en su cabeza de niño. “¡*No quiero maricas en esta casa!*” había gritado el padre de Godofredo en mitad de la trifulca matrimonial, sin venir a cuento. Pasa a menudo, que el pelo largo de Godofredo es la anomalía que enciende su ira, aunque en realidad no exista tal cosa, y sí un mero flequillo que le cubre la frente, ancha en exceso y catálogo de un incipiente acné adolescente. Godofredo esquiva el zapato de nuevo, y ya en la cocina, mientras se prepara el desayuno, continúa con la ingrata tarea de inventariar sentimientos con los que entretejer una manta que pueda calentar el exigente corazón del maestro. No es posible -se dice- que sólo encuentre lana negra en la cesta de los recuerdos modernos. Así que cierra los ojos, mientras se bebe la leche, y sobrevuela su memoria reciente. Es esencial llegar a la infancia remota, al territorio poco explorado donde se encuentran las hebras de colores, a la época en que todavía vivían en San

LA REDACCIÓN DE GODOFREDO

Esteban de Gormaz, cuando eran una familia normal y nada hacía presagiar que su padre y su madre acabarían discutiendo las veinticuatro horas del día. “Sólo necesito un poco de contexto”, se dice Godofredo, esforzándose en desplegar con carácter retroactivo un arsenal de sentidos. La humedad del Duero, el aroma a cordero en casa de la abuela, la torta de uvas del tiempo de vendimia, los jilgueros del jardín, o el repiqueteo de las campanas de Santa María del Ribero se le cuelan de repente en su olfato, su gusto y su oído. Y con ellos, los buenos sentimientos de entonces. Reproducido el paraíso perdido, cuesta menos revivir las horas felices, apresar la etérea sensación de bienestar que procuraron y volcarla en una hoja. Como sucedió aquella vez que su padre se empeñó en confeccionarle un disfraz del Cid Campeador para una fiesta de cumpleaños. “Mi padre trabaja como electricista, pero yo sé que en realidad es artista”, escribe Godofredo por fin. “Sobre la mesa del salón de mi infancia veo retales de piel, tela y cartón. A papá no le basta con coserme una capa, fabricarme una espada o colocarme una capucha, sino que quiere para mí el mejor disfraz de este mundo. Por eso, aunque son las tres de la madrugada en mis recuerdos, él sigue persiguiendo la excelencia, reprimiendo los bostezos, encorvándose y estirándose una y otra vez, fumando como un carretero... y dibujando, recortando, coloreando y cosiendo para mi casaca de Cid un escudo de fieltro que parece de verdad, sobre el que ha bordado un castillo rojo perfecto y un fiero león”.

Godofredo mira por la ventana y observa que el día, como su imaginación, se despereza del todo, se aclara y deja atrás las tinieblas. Aunque lo había olvidado, le agrada saber que una vez tuvo un padre hogareño, cariñoso, e incluso gracioso. “Mi padre siempre me hacía reír, especialmente cuando se colocaba, a modo de placa y en el interior del bolsillo superior de la chaqueta, una galleta redonda y muy simple, para luego exclamar, con voz grave y profunda “¡Alto ahí! ¡Soy el Policía de la galleta María!””, escribe Godofredo. “¿Dónde estás, papá?”, se pregunta, sin llegar a escribirlo. “¿Dónde te fuiste? Los años te han vuelto áspero, y sobre todo, ausente, como si tuvieras otra vida en alguna parte, sin mamá y sin mí, y de la antigua sólo quisieras conservar el envoltorio”. Un envoltorio magnífico, eso sí, reconoce Godofredo,

LA REDACCIÓN DE GODOFREDO

porque en las fiestas del pueblo le gusta bailar agarrado a su esposa, como si quisiera que todos pensasen que la quiere mucho. También disimula con él, por supuesto, por eso le revuelve el pelo -ese cabello largo que en realidad odia- mientras afirma estar muy orgulloso de su “hombretón”, al que en privado llama nenaza.

Un fastidio repentino estremece a Godofredo otra vez, y el hechizo, tan frágil, se hace añicos de pronto. No podrá volver a engañarse. Además, los únicos recuerdos que su mente se empeña en conservar son los del año anterior, cuando su madre estuvo trabajando en la fábrica en el turno de noche y su padre, suponiéndolo dormido, se habituó a encerrarse en el cuarto de baño, a colocarse ante el espejo completamente desnudo -salvo un sostén y unos zapatos de tacón de su esposa-y a deleitarse pintándose los labios de rojo. Sucedió, sin embargo, que Godofredo estaba encaramado al montón de cajas que se apilaban en el frío y oscuro patio, desde donde se asomaba al ventanuco del baño. ¿Por qué no puede contar todo eso en la maldita redacción del colegio? En realidad, no está escrito en ningún sitio que deba guardarle el secreto a su padre. Es sólo el mundo, que funciona así, conforme a unas reglas de las que nadie habla pero que todos cumplen. ¿Y quién es él para vulnerarlas? Si hasta su padre esquivo la verdad, y obsesionado por mantener la farsa, soporta año tras año los lastimosos reproches de su esposa, “porque él no la toca”, y a pesar de todas las discusiones inacabables, concluye siempre que es una mujer retorcida y malpensada.

¿Por qué es todo tan complicado?, se repite Godofredo al borde del colapso emocional, tentado de romper la octava redacción que ha empezado y que ahora languidece encima de la mesa. No tiene nada que ofrecerle al profesor, es un mal hijo, en el reloj van a dar las siete en punto y el pánico va a apoderarse de él. Tiembla de los pies de la cabeza y lo único que sabe es que ya está harto, saturado, agotado, enfadado, y exhausto de tanto mentir. Por eso se le nubla de repente la razón, le revienta entre las manos la prudencia, y se le escurre entre los dedos la entereza. Se rinde. Por eso coge un folio nuevo y empieza a escribir, esta vez sin levantar la cabeza del papel una sola vez:

LA REDACCIÓN DE GODOFREDO

“Sé que mi padre es distinto a los otros padres, pero creo que la culpa no es suya. Simplemente, a mi padre nadie lo deja ser como es. Por eso es normal que odie al mundo. Yo también lo odiaría si supiera que el mundo me odia a mí. Cuando se viste de mujer -ya lo he dicho, por fin- papá no hace daño a nadie, al contrario, su expresión se relaja y se le ve feliz. En cambio, cuando se esconde de sí mismo se le agría el carácter y se vuelve insoportable. A veces papá me odia a mí, porque no quiere que yo sea como él. Me regaña si me ve llorando o si tengo el pelo un poco más largo de lo normal, porque una parte de él se odia a sí mismo por ser como es. En cuanto a mi madre, se merece saber la verdad, y yo he sido un mal hijo porque nunca se la he querido contar. Me hubiera encantado escribir que mi padre es un hombre maravilloso, como harán todos mis compañeros, pero no puede ser, lo siento muchísimo. Mi padre fue maravilloso cuando yo era pequeño, cuando creyó que podría ser alguien distinto de quien era y por eso se casó con mamá y me tuvo a mí. Pero es obvio que no ha podido, y ahora está desesperado, harto de todo, y a veces me tira zapatos a la cabeza. Yo también he odiado a mi padre alguna vez, porque a nadie le gusta que le arrojen zapatos sin un motivo. Pero sobre todo, confieso que he odiado a los niños de la clase, porque tienen un padre normal. Y ahora, que me da tanta vergüenza leer todo lo que he escrito, me odio a mí mismo, porque no debería estar sintiendo esta vergüenza. Yo debería estar orgulloso de mí, contento de haber sido tan valiente, pero sólo sé que estoy temblando y muerto de miedo. Por favor, solo pido que mi padre pueda ser como es. Quiero que sea feliz, y así nosotros seremos felices también”

Godofredo se asoma a la ventana cuando pone el punto y final a ese texto. Le ha parecido oír el ruido del motor de un coche, y en efecto, descubre que hay un vehículo estacionado delante de su casa. Por el pasillo, al mismo tiempo, escucha un ruido de pasos: es su padre, que arrastra una maleta.

- Me voy, hijo mío - anuncia desde el quicio de la puerta. Pero luego, cambiando de opinión, entra a la habitación de Godofredo y se inclina sobre su silla para darle un beso en la frente.

-¿Qué te vas? ¿A dónde?-balucea Godofredo, sorprendido.

LA REDACCIÓN DE GODOFREDO

- Estaré un tiempo de viaje, en el extranjero, pero os escribiré a mamá y a ti. Y por supuesto, os mandaré dinero. Nada va a cambiar, realmente. Y los sábados por la mañana te llamaré por teléfono, para que me cuentes tus cosas...si quieres.

Godofredo, mudo de asombro, no responde. Solo mira a su padre con los ojos muy abiertos.

-¿Estás escribiendo la redacción de Lengua?- pregunta aquel de repente- la del Día del Padre...

Instintivamente, Godofredo le da la vuelta a la hoja y se ruboriza hasta volver violeta su rostro.

-No, no, es otra cosa -responde, extrañado de que esté al tanto de los deberes del colegio. Quizás -piensa Godofredo - su padre lo observa más de lo que él advierte. Como hijo, es exactamente lo que ha hecho él.

- Qué pena, pensaba llevármela de recuerdo. Pero si no quieres dármela, lo entiendo-responde el padre, guiñándole un ojo.

El cielo ya está completamente azul, y un rayo de sol atraviesa el cristal del dormitorio. El vehículo continúa esperando en la puerta, con el motor en marcha. Y entonces, las piezas del puzzle encajan por fin. Godofredo ha reconocido el coche, un *Biscuter* gris con la tapicería roja que desde el primer momento le ha resultado familiar.

Es el coche de su profesor de Lengua.

-Si te entrego la redacción -dice Godofredo, señalando a la ventana y armándose de valor - ese hombre que te está esperando me suspenderá.

-No va a daros más clases- responde su padre, con un hilo de voz.

Godofredo, con el corazón desbocado, dobla la hoja en cuatro partes y se la entrega. El electricista la guarda en el bolsillo interior de su chaqueta.

-¡Alto ahí!-dice de repente -¡Soy el Policía de la galleta María!

LA REDACCIÓN DE GODOFREDO

A Godofredo se le escapa una sonrisa. El abrazo es breve, los cuerpos torpes, y las manos tiemblan, pero es suficiente. Padre e hijo se separan, y un minuto después, el coche se aleja calle arriba con dos maletas en el asiento trasero. Consciente de que aún dispone de quince minutos, Godofredo se acuesta en la cama matrimonial y abraza por la espalda a su madre. Atiborrada de somníferos, duerme profundamente y no se entera de nada.

En la mesilla, su padre le ha dejado una carta.